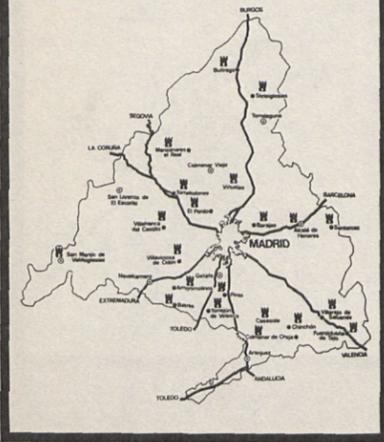


LOS CASTILLOS DE MADRID



de se observa un amplio zaguán de la que arranca una monumental escalera de sesenta peldaños que conduce a las habitaciones de las plantas superiores. El patio cuadrado, circundado de pórticos, con arquería de piedra, cuenta en su centro con un hondo poco cubierto por un templete que descansa en cuatro columnas.

Las obras de reconstrucción se calcula finalizaron en 1583, quedando un edificio de gran mérito artístico y en especial dotado de una apasionante historia cuyos acontecimientos más sobresalientes merecen ser destacados por orden cronológico.

A mediados del siglo XVIII, Felipe V adquiere el castillo al comprar el condado de Chinchón, al que pertenecía, y enseguida encarga su restauración a Ventura Rodríguez, quien a la vez que realiza esta tarea, construye una bella fuente de cinco caños frente al edificio. Pero quien disfruta del recinto es Fernando VI, ferviente admirador del lugar ya convertido en «Real Sitio de Villaviciosa de Odón», quien ordenó repoblar todos los alrededores, convirtiéndolo en un lugar acogedor

y de su máxima predilección, centro de sus cacerías desde mozo y refugio de su dolor al final de su vida.

Al fallecer su amada esposa doña Bárbara de Braganza en Aranjuez, el 27 de agosto de 1758, se retira Fernando VI al castillo de Villaviciosa en busca de consuelo, quien no sólo no lo encontró, sino que padeció durante doce meses enormes sufrimientos, aquejado de trastornos mentales y frecuentes alucinaciones, hasta que a consecuencia de una angina de pecho le llega el momento de su muerte casi justo un año después que a doña Bárbara. Los restos del monarca fueron trasladados a Madrid, después de permanecer el cadáver del rey unas diez horas en el castillo, para recibir sepultura donde había sido enterrada un año antes la reina, su esposa, en el Real Monasterio de las Salesas.

Dos años después pasa el castillo, así como todo el condado de Chinchón, a ser propiedad del infante don Luis Antonio de Borbón y Farnesio, quien lo compró a su hermano don Felipe de Parma. Allí habrían de pasar muchos años, don Luis y su esposa, al ser desterrado el matrimonio de la Corte por Carlos III, que no perdona se casase el infante con doña María Teresa Villabriga y Rozas.

Pero uno de los acontecimientos más importantes de la historia del castillo sucede en marzo de 1808, cuando el famoso ministro de Carlos IV, don Manuel Godoy, «Príncipe de la Paz», habría de ingresar en ésta su fortaleza como prisionero de Fernando VII. Godoy era por entonces conde consorte de Chinchón, ya que había contraído matrimonio con doña Teresa, heredera del castillo de Villaviciosa como hija de don Luis y doña María Teresa.

En Villaviciosa, Godoy padeció humillaciones y mal trato como reo de Estado, trasladándose a los pocos días de prisión al oratorio del castillo, incomunicado y ultrajado, hasta que el 20 de abril de 1808, abandona ese lugar para llegar a Francia una semana después gracias a la intervención del gran duque de Berg. En las «Memorias del

Príncipe de la Paz», que se publicaron en París poco antes de su muerte, se menciona su cautiverio en el castillo de Villaviciosa, donde se ha conservado el oratorio —que fue celda— con su bello zócalo de azulejos.

El castillo permaneció inhabitado casi cuarenta años, como si nadie se atravesara a romper con los tristes recuerdos

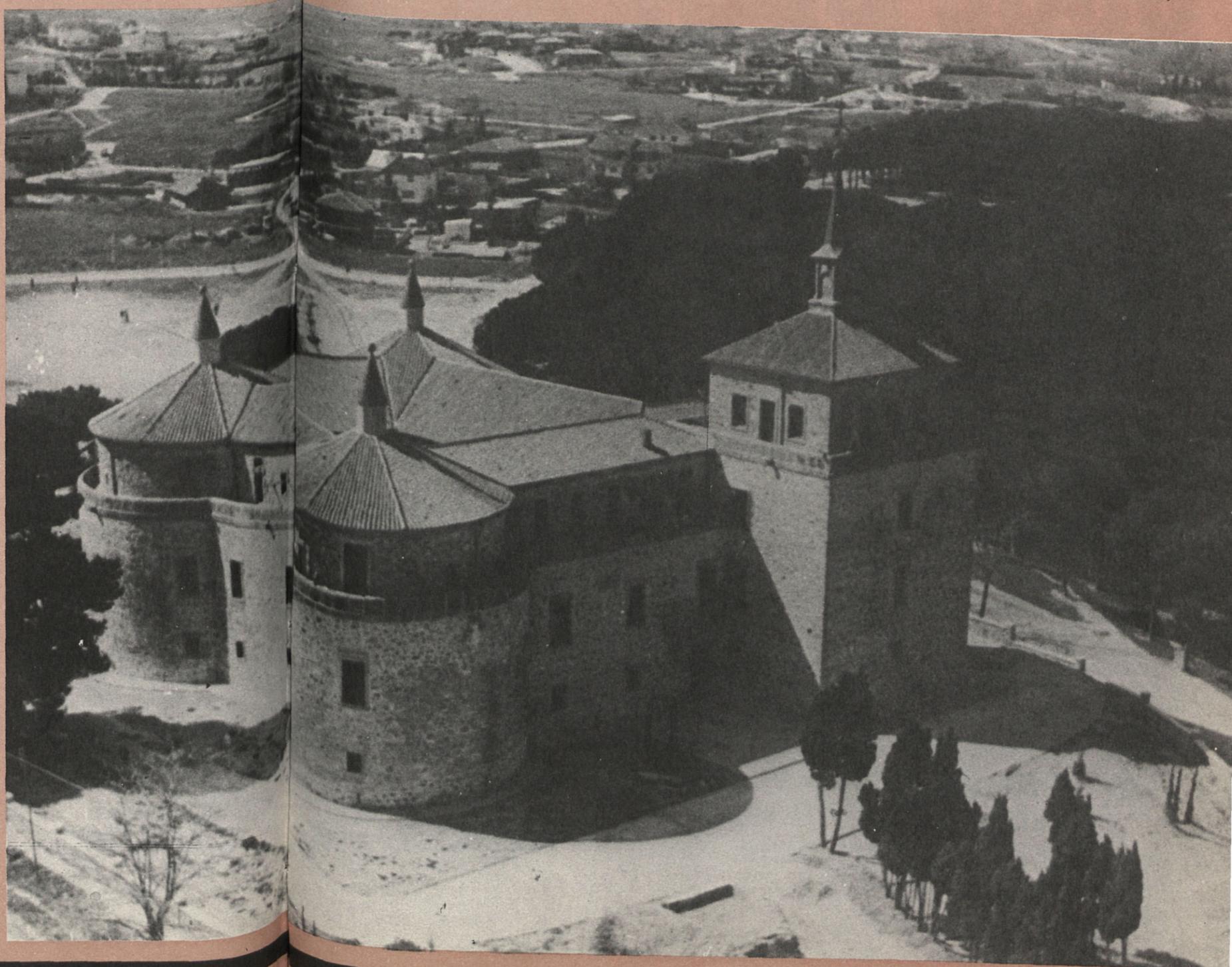
que la fortaleza guardaba, hasta que en 1848 se instala en él la Escuela de Ingenieros de Montes, y posteriormente en 1886 el Colegio del Cuerpo de Carabineros.

En 1936, a causa de la guerra civil española, el castillo sufre grandes destrozos, desaparece su riqueza artística y es *arrancada* hasta la placa de cobre en

que se leía «Aquí murió el señor Rey Don Fernando VI el 10 de agosto de 1759».

En la actualidad pertenece al Ejército del Aire, quien lo ha reconstruido dignamente y adaptado para su archivo.

Luis
VAZQUEZ FRAILE
(Fotografías:
Rogelio LEAL)



CAMILO JOSE CELA

- «Ser senador, como ser académico, sólo imprime carácter a quien no lo tiene»
- «Nunca me gustó estudiar y me echaron de todos los colegios, lo que demuestra que la repulsa era recíproca»
- «Antes de saber escribir las palabras, ya hacía pequeñas poesías, y esa vocación de escritor ya no me abandonó nunca» Su primera novela, "La familia de Pascual Duarte", fue rechazada por varios editores
- «Me gustaría que todos hablaran el idioma tal como es, pero al español parece que le da vergüenza hablar el castellano»



HABLAR con Camilo José Cela es como beber agua de una cascada, en la sierra, paladear toda la pureza de lo natural. Me recibe sin protocolos, sentado en un sillón, enfundado en un batín y descalzo, con los pies en el suelo.

—Siéntese donde pueda. Voy a seguir tomando mi café con leche.

Acaba de estrenar cargo de senador en las nuevas Cortes. Quizá para otro esto supusiera un replanteamiento de su personalidad, de su comportamiento. Para Cela, no. El es quien es, y creemos que nada puede introducir cambios en su bien formada idiosincrasia.

—El ser senador, como el ser académico, sólo imprime carácter a quien no lo tiene.

—¿Cómo le suena el que le llamen senador?

—La verdad es que todavía no me lo llaman. Únicamente en el Senado, pero eso es una forma de entenderse.

—Cuando colgó el teléfono, después de hablar con el Rey y aceptar el cargo, ¿qué pensó?

—En primer lugar, una enorme gratitud hacia el Rey. Después una gran tranquilidad, al pensar que por fin se tomaba en consideración a los escritores.

INFANCIA DORADA

CONOCIENDO al Cela adulto, uno ha pensado muchas veces cómo sería Cela niño. Hijo de gallego e inglesa, que es la segunda

mezcla de sangre más importante, según sus propias palabras, pues la primera es la de alemanes y judíos, recuerda su infancia como una época dorada, aunque no sea muy partidario de los recuerdos.

—Recordar no es volver a vivir, sino todo lo contrario. Recordar es saberse morir, es buscar una cómoda y ordenada postura para la muerte.

—¿Su primer recuerdo de infancia?

—Mis primeros recuerdos se mezclan con la imagen de mi madre, en el jardín de nuestra casa, en Iria Flavia.

—¿Fue un niño travieso?

—Quizá sí. Desde luego debí ser un niño bastante incómodo para mi familia.

—¿Le castigaban?



En Almería

—No, eso no. Me explicaban de palabra lo que no debía hacer.

Su madre trajo al mundo familia numerosa. Camilo José, como el mayor, vio cómo sus hermanos y hermanas morían al poco tiempo de nacer. Fueron varios los hermanos que murieron. Incluso él, siendo pequeño, estuvo al borde de la muerte. Luego pasó todas las enfermedades al uso. Aun siendo un niño débil físicamente, superó todas las enfermedades y accidentes infantiles.

—Incluso padecía de lombrices y cogía catarros continuamente.

—¿Algún accidente serio?

—Ninguno fue demasiado serio. Prueba de ello es que puedo contarle. Me llevaron en cierta ocasión a ver una función de teatro. Lo que más llamó mi atención fue un negro que se rompía los platos en la cabeza y una señorita que caminaba por la cuerda floja.

Y, claro, Camilo José llegó a casa y quiso imitar aquellas proezas. Comprobó que los platos se rompían

en su cabeza sin que le ocasionaran lesión alguna.

—Al oír el ruido, mi abuela tomó cartas en el asunto y me convenció de que aquello no se debía hacer.

En solitario trató de imitar lo de andar por la cuerda floja. Subió a la terraza de la parte alta de la casa y, sin que nadie le viera, trató de andar por la baranda. No le dio tiempo ni a colocar el pie. Perdió el equilibrio y cayó al jardín. Perdió el conocimiento y estuvo varias horas sin sentido.

MAL ESTUDIANTE

SUS primeros estudios fueron en una escuela de Jesuitas, en Vigo.

—Lo recuerdo con muy profundo desagrado. Era como un presidio. Antes estuve en unas

monjas, también en Vigo, y mis recuerdos son igualmente malos.

—¿Tenía predilección por alguna asignatura?

—Por ninguna. Sentía cierta curiosidad por la Geografía.

De mayor, en Madrid, fue primero a los Escolapios y después a los Maristas. De ambos colegios le echaron.

—Lo que demuestra que la antipatía era recíproca.

—Cuándo sintió por primera vez la vocación de escritor?

—Antes de aprender a escribir, a formar las palabras, ya escribía pequeñas poesías. Esa vocación ya no me abandonó nunca.

—Fueron unas poesías en un periódico de La Plata, Argentina, en el año 1935. Al verlo sentí una sensación de estupor.

—¿Cómo consiguió terminar el Bachiller?

—Milagrosamente, porque no estudiaba nada. Iba saliendo a

ceres o de Salamanca, me ilusionaba todavía menos.

Por entonces, medio escondiéndose, como si fuera a cometer un delito, va a la Facultad de Filosofía y Letras, a la clase de Pedro Salinas.

—Nunca me cansaré de agradecer a Pedro Salinas los buenos ánimos que le debo. Fue quien más me ayudó y me animó.

LA PRIMERA NOVELA

SU primera novela fue «La familia de Pascual Duarte», publicada en 1942, no sin antes haber pasado por las consabidas dificultades de todo escritor novel.

—La novela me la rechazaron

comprar. Uno era «La guerra de las Galias» y el otro «La familia de Pascual Duarte». Camilo José, escritor incipiente, le preguntó si quería que se la dedicara, puesto que él era el autor...

—El buen hombre miró «La guerra de las Galias» y su autor, hizo un gesto y se alejó. Supongo que pensó que intentaba hacerme pasar por Julio César, y me tomó por un loco.

—¿Cuándo pierde su pureza el adolescente Camilo José?

—Viviendo ya en Madrid, según es tradición en las familias españolas, a mano de las criadas. La pureza, digamos, mental, fue un día que, al salir de misa, en la calle de

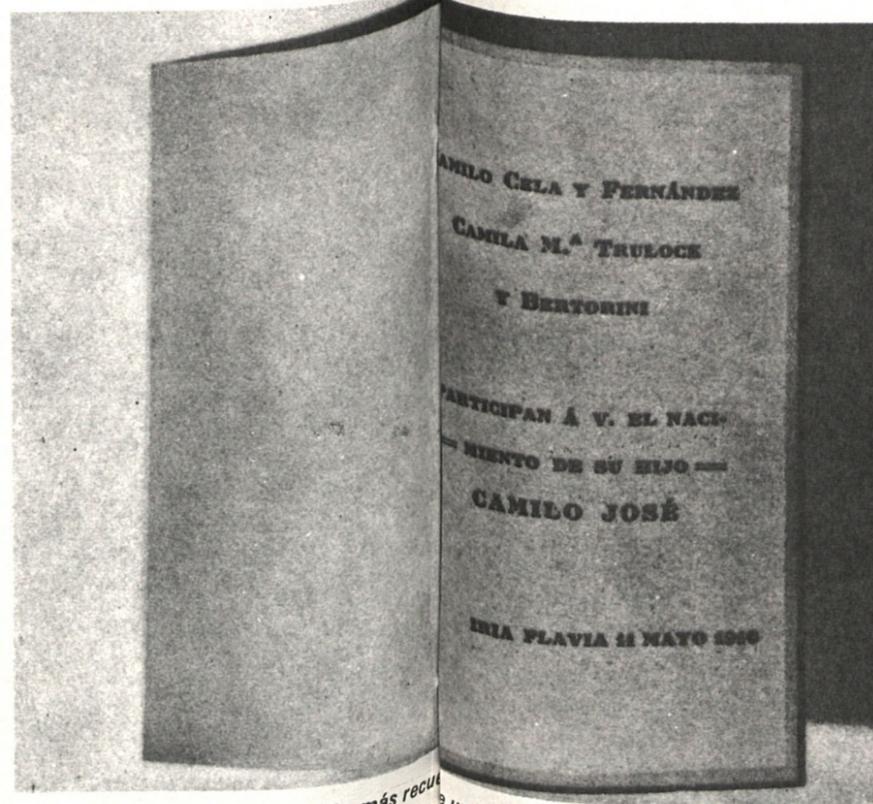
Torrijos, compré una revista infantil. En las planas interiores explicaba que los niños no vienen de París y daba «consejos eróticos para el adolescente», que éste era su título.

—¿Considera el erotismo como algo pecaminoso o censurable?

—Pecado, jamás. Pecado es hacer daño al prójimo, quedarse con su dinero...

—Teniendo en cuenta que la mujer se desnuda cada día más, que los hombres lo vemos con mayor naturalidad, incluso se admiten campos nudistas, ¿creé que vamos hacia el estado perfecto del Paraíso?

—No creo que lleguemos al Paraíso de nuevo. Sería lo ideal.



De aquel tiempo no guardo más recuerdo que una cartulina con vivo azul celeste...

trancas y barrancas, a fuerza de recomendaciones.

Su padre, empleado de Aduanas, monta una academia de preparación. Camilo José va también a estudiar Aduanas.

—La preparación de Aduanas no me sugestionaba mucho, y el estudiar como un negro para que, después de mil esfuerzos, lo destinasen a uno a la frontera de Portugal, a cualquier pueblo de Cá-

varios editores. Luego tuvo un éxito insospechado.

Se cuenta una anécdota, que Cela reconoce como cierta, y que le sucedió a raíz de publicarse esta su primera novela. Fue un día a la Casa del Libro y vio a un señor con dos libros en la mano, que acaba de

Con mi abuelo John Trullock, en Iria Flavia





HABLAR EL CASTELLANO

TODO el mundo sabe que Camilo José Cela es la persona que habla el castellano en todas sus dimensiones, sin prejuicios para ninguna de las palabras que com-

ponen nuestro bello idioma. Puede hacerlo, pues seguramente es el escritor que mejor conoce nuestra lengua, tanto en extensión como en profundidad.

—En nuestro idioma hay palabras bellísimas por sí mismas. Ahora no recuerdo ninguna, pero las hay.

Recuerdo una anécdota que no me resisto a contar, y que estoy seguro que ignora el mismo Cela.



Es hermoso sin duda ser hijo de una madre joven

Siendo yo secretario de redacción de la revista «Semana», entró un día en mi despacho el conserje, todo nervioso, diciéndome:

—Señor Fuentes Guio, ha venido un motorista de El Pardo, que pide un ejemplar atrasado de la revista.

—Bueno, pues dáselo —le contesté.

Un poco picado por la curiosidad y otro poco por buscar justificación al nerviosismo del conserje, salí a hablar con el citado motorista. El hombre me explicó:

—Creo que Franco tiene una apuesta con algún general o con algún ministro, sobre la validez de una palabra. Dice que la utilizó Camilo José Cela en un artículo que publicó en «Semana» en esa fecha. Por eso me han mandado a buscar ese ejemplar de la revista.

Esto quiere decir que si lo dice Cela, todo el mundo boca abajo, incluso en las más altas esferas. Le pregunto al ilustre académico si le gustaría que todos habláramos el castellano con el mismo desenvolvimiento que él.

—Claro que me gustaría que todos hablaran el idioma tal como es. Parece que al español le da vergüenza hablar el castellano.

SU ESCALA DE VALORES

PARA conocer su escala de valores, vamos a charlar sobre algunos puntos comunes, definitorios. Camilo José tiene unos conceptos muy claros, muy definidos sobre todo, lo cual facilita la labor.

—¿Qué es para usted el amor?

—Amor es inclinación hacia...

—¿Cree en la humanidad?

—Sí creo, aunque con reservas.

Es indudable que la humanidad, o sus dirigentes, ha hecho cosas mal.

—¿Qué es para usted la facilidad?

—Uno es feliz si es acorde consigo mismo.

—¿Qué defectos detesta en el ser humano?

—La hipocresía y la avaricia.

—¿Se arrepiente de algo?

—Nunca me he arrepentido de nada. Ni borraría nada.

Mis padres, hace un par de años en mi casa de Palma de Mallorca

*La calle de mi bisabuelo
en Londres.
Me costó mucho trabajo
dar con ella*

—¿Lo más hermoso de la vida?

—La vida misma es hermosa.

—¿Le tiene miedo a la enfermedad o a la muerte?

—A la muerte, no. Tengo miedo a la enfermedad, a quedar imposibilitado.

—¿Qué le molesta que digan de usted?

—Me da igual lo que digan de mí. Las opiniones que me censuran se compensan con las otras.

—¿Le inspira más ternura un viejo, o un niño?

—Un niño, probablemente, más ternura que un viejo.

—Después de sus dos últimas originalidades, que son «Oficio de tinieblas 5» e «Historia del erotismo», ¿qué nueva originalidad prepara?

—Mi originalidad nunca es deliberada. Se me ocurre algo y lo hago. Luego resulta que es original. Eso no se sabe nunca.

—¿Cómo surgió «Oficio de tinieblas 5»?

—Me sentí impregnado de esa idea, me puse a escribirlo y me salió así, no sin verdaderos esfuerzos.

—¿Le cuesta mucho trabajo escribir, retoca mucho sus escritos?

—Me cuesta mucho trabajo, retoco continuamente las cuartillas.

—Teniendo en cuenta que usted, en cierta ocasión que le recibieron con gaitas y canciones en su tierra, preguntó qué dejaban para cuando le dieran el Premio Nobel, ¿piensa que algún día se lo darán?

—Es posible. En aquel momento que lo dije, seguro que lo pensaba. O quizá es que lo dije porque se me ocurrió de pronto, ¡vaya usted a saber!

Dentro de unas horas Camilo José Cela tomará el avión para Palma de Mallorca, hacia su residencia de la Bonanova. El tiempo manda, aunque no muestra síntoma alguno de prisa, de nervios. Hay que admirarle incluso por su aplomo, o por eso precisamente, como ser humano, además de la profunda admiración que arrancan sus escritos. Me acompaña hasta la puerta, descalzo, con la mano de amigo tendida, esa mano grande, franca, generosa, como todo él.

